

LOS "EMPALAO" S

En Valverde de la Vera el arado se hace cruz la noche del Jueves Santo

ES un pequeño agricultor. Tiene unas cuatrocientas olivas, un huertecillo, hectárea y media de regadío y algunas más de secano; siete mil plantas de tabaco, dos vacas lecheras, la matanza para el año, los higos («lo comido por lo servido») y el maíz para el ganado... Tiene mujer, dos hijos de los tres del matrimonio, un hermano labrador y otro de obrero en Alemania. Le gusta «El Cor-dobés»; una vez al año asiste en Talavera a una corrida y ve todas las que puede en el televisor de la taberna, donde también, a días, lee la prensa. Tiene, entre otras penas, la de tenerse que avergonzar ante los que saben más que él y por ello ha jurado que dará carrera a los hijos. Pero las cosas se presentan torcidas. El «moho azul» ha castigado tres años seguidos las cosechas de tabaco y al Estado, por su parte, está reduciendo progresivamente los cupos de cultivo. De vez en cuando los veratos elevan sus quejas a Madrid a través de personas de hablar melodioso y enterados de los problemas, pero el precio se mantiene a veintiséis pesetas el kilo... ¡el kilo de «maryland»! Así ha aprendido la palabra monopolio. Cuando hace años entró en la región la fiebre del tabaco, bien justificada, sus hermanos y él levantaron un socadero... y se entramparon. De seguir las cosas como van, terminará por convertirse en panera. Los peritos agrícolas que viven en Villanueva les recomendaron pasarse a la explotación ganadera; así pues, sacó el poco dinero que tenía en el Banco y compró las dos vacas. Por ahora, las camionetas de las centrales lecheras madrileñas les recogen diariamente el producto. Es un dinero líquido, seguro. Pero, ¿y si un día falla la recogida? Cuando piensa en palabras como superproducción, se marea. ¿Es que no saldrán de una vez las cosas derechas?

Hoy, al terminar la partida en el «España», alguien comentó: «Y todavía quedarán tontos para empalarse esta noche». Pagó y se levantó... Un poco intranquilo porque desde hace unos meses tiene hecha la «manda de empalarse».

La plaza está más animada que nunca. Se ven caras de forasteros, de Losar y Jarandilla, de Villanueva y Medrigal. Hay algunos coches con matrículas de Madrid y posiblemente se presentará la televisión, como hace dos años la francesa, y fotografías que no respetan nada. En Francia los emigrados vieron la película y, a juzgar por sus cartas, el pueblo quedó muy bien y los empalados muy «propios», pero la verdad es que fue una noche llena de fogonazos y de gritos: «muevase, la cabeza baja, despacio, más inclinado, un momento, despacio...» Si esta noche ocurre otro tanto le va a resultar insoportable. Claro que el pueblo gana galones con esto, pero en definitiva ¿para qué?... negocio de las tabernas. No está muy seguro pero tiene la impresión que la tradición de la fiesta está un poco desvirtuada con tanto fotógrafo y tanta música, y no llega a convencerle el argumento de algunos de que hay que hacer publicidad como en las ciudades. ¿Acaso es esto una lavadora? Esta noche debe empalarse y no las tiene todas consigo. Saldrá a dar un paseo al campo.

Prejudio con vino

En Valverde el agua corre por el centro de las calles, porque el pueblo está suavemente recostado y la sierra —estribaciones de Gredos— arroja sobre él la abundancia de sus manantiales. En ocasiones, salta por los caños de una fuente y, en otras, se desata sobre un caz. Después de llenar al pueblo de una frescura sonora, se entrega amorosamente por canalillos, rozas y acequias a los mabales y huertos.

El que se empleará esta noche ha decidido recorrer el Vía Crucis a paso lento, como lo hará dentro de unas horas. Va, pues, visitando las catorce estaciones señaladas por catorce cruces: unas son de madera liviana, otras de piedra; se apoyan en tapiales coronados de hierba, se cobijan bajo emparrados alisos, se yerguen entre perales —ahora floridos—, naranjos, celindas, eucaliptos, moreras y cipreses. A la altura de la carretera comienzan a descender los tajados: una ola ore que muere al pie de la iglesia y de las ruinas

del castillo. El campo troceado, los canteros ganados a la sierra, escalonados. Agricultura de minifundio con algún latifundio en la sierra. El agricultor, después de estos pesacos estéticos, se reconcilia con su tierra y entiende por qué no ha tenido valor para abandonarla como tantos otros, como medio pueblo que hoy vive repartido entre Madrid y Barcelona, Alemania y Francia. A muchos les ha ido bien. Vuelven por el verano, algunos en coches propios o alquilados y a veces con tiendas de campaña que clavan junto a gargantas y chorreras donde se bañan con las muchachas, y comen de lata acompañados de la música de un transistor. Los hay que ahorran y que han comprado algún piso en Madrid. Pero él sigue creyendo que algún día volverá a valorarse la agricultura y si ello se consiguiera, ¡qué mayor delicia que traer por la mañana a casa un castillo de higos frescos o por la tarde una cesta de peras con algunos pimientos y alcachofas! Comprende que, mientras las cosas sigan inciertas y en el pueblo no haya baile y cine (el dueño tuvo también que emigrar), los jóvenes no pueden aguantar en Valverde.

Baja al pueblo por la calle de la iglesia. Revuelos de grajos. Hay mucha agitación en las calles. Entra en una taberna que está a rebosar. Un mozo se hace el macho «porque esta noche no le van a temblar las piernas» y jura que le quedarán ganas de volver a empalarse al año que viene. «Pues yo lo haría sólo si me dieran diez mil pesetas, como al que contrataron hace un par de años los de la televisión francesa». La dueña del bar y las hijas —encandidas, alborozadas—, pasan platos y vasos por encima de las cabezas de los clientes («el mejor día del año»). Sobre el mostrador se derrama la cerveza y de vez en cuando se hace un silencio cuando del televisor llega un ruido de tambores o una sarta.

El empalamiento

Cuando llega a casa manda a la mujer sacar la ropa y llamar al viejo que ha de vestirla, y a los dos mozos que le servirán de cirineos. El, entre tanto, ha atravesado la cuadra, cálida y húmeda, y ha pasado del corral a una panera donde se apilan las bandejas de secar los higos y unos cuantos sacos de plácón. A tientas reconoce el timón del arado, suave y lustroso, y coge las vilortas que hay al pie. El zaguán es amplio, de moblaje pobre, las vigas y el artesonado están renegridas del humo que se adensa. Después baja del desván una brazada de sogas y las echa sobre el banco donde ya reposan las enaguas, la estola y la coronilla de flores de trépo. Con su mujer llega el viejo experto en el empalamiento y, al poco rato, los cirineos. Echan el cerrojo y beben de pie, y en corro, una jarrita de vino hasta que el viejo dice: «Aia, aia... que se nos echa el tiempo encima». El penitente se viste unos calzones largos y unas enaguas y ya sienta en la cintura la asperaza de la soga y el primer tirón. Hábilmente y con dureza el viejo le va metiendo la cuerda en la carne. Busca una respiración suficiente a medida que le sube la presión, el envaramiento, la picazón hasta que el mordiente de la soga le toca las clavículas. Ahora le ofrecen el timón del arado romano y le recomiendan que lo promedie bien para que no le venza el peso de un lado. «Un poco grueso es», dice uno de los cirineos. «En casa de mi padre hay uno más fino y más derecho». «Déjate de pamplinas», le contesta el viejo. Al enlazar los brazos al timón, las cuerdas se le meten más. La cuerda va gerando un brazo hasta cubrir las puntas de los dedos y llenan que sostenérselo. Después el otro. Le echan un tui por la cara y le encaquetan la coronilla y de los brazos, ya vegetales, le cuelgan las vilortas o abrazaderas de hierro que unen el timón a la cama del arado romano. Los herrajes tintinean dulcemente.

Así esperan un rato. El viejo le palmea, de vez en cuando, los costados. «Has quedado bien, están bien pretas». Al fin las campanas de la iglesia comienzan a sonar. Las risas y las carreras que llegaban de la calle Real y de la plaza Mayor se van amortiguando y se oye un cántico de mujeres, tembloroso y desafinado. Los cirineos se

—>



LOS "EMPALAO"

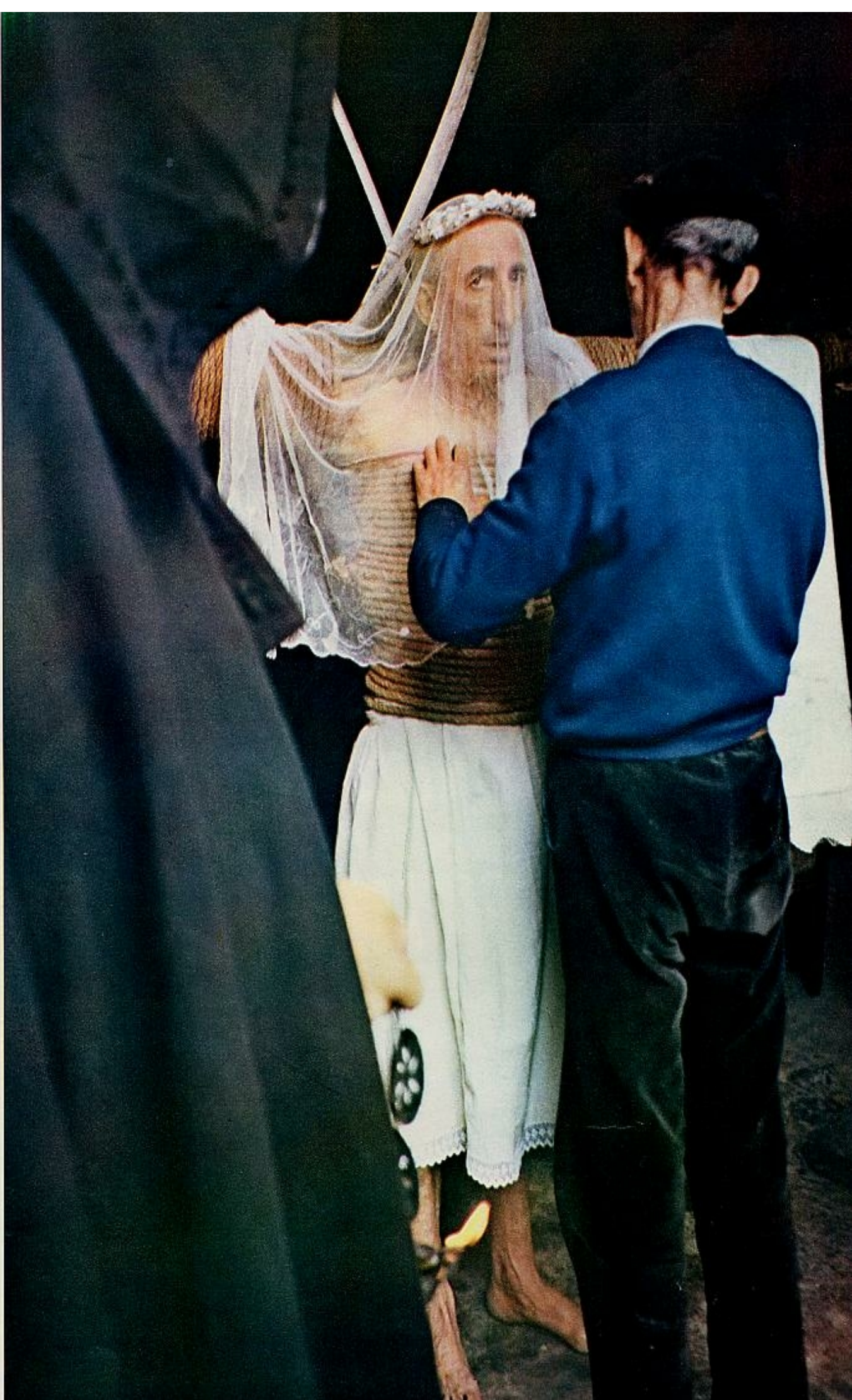
echan a la cabeza las capas castellanas y encienden los faroles. Las hojas del portón se abren y la noche entra de par en par. «Un empalao, un empalao», oye gritar. Tantea con los pies desnudos la piedra del umbral y el empedrado de la calle. Rebrilla al cordel del agua. La procesión está ya cercana: «Venid al Calvario —venid a ver los efectos— que causa el pecado». Pero el empalado apenas si tropezará la procesión. Irá en derechura a la ermita, como es preceptivo, para pedir al Cristo fuerzas para el sacrificio. Después recorrerá las catorce cruces. Le siguen de cerca los cirneos siempre prestos a echarle una mano por si tropezara y cayera de bruces. En la plazuela de la picota hay gente pegada a las paredes que se arrodillan ante él y que comentan acerca de su resistencia, de su inseguro paso, y se entera por los comentarios de las incidencias de otros empalados. Le duelen los hombros, no controla los pies, respira con esfuerzo. Una hora más tarde estará en el zaguán de nuevo, y le irán desatando la soga poco a poco, mientras le refluye la sangre, frotándole los brazos amoratados, bajándoseles despacio «para que no se escarchen» y la mujer le pasará las manos por el costillar marcado mientras le dice: «Bueno, ya cumpliste». Beberán otra jarrilla de vino y él subirá despacio la escalera de arambol frágil, hasta el dormitorio, para desplomarse en la cama.

El patrón-tabaco

Así pues, a menos de doscientos kilómetros de Madrid, pasados los pinares de Arenas de San Pedro y unas cuantas gargantas trucheras, ya inicia la región extremeña de la Vera, Madrigal y Villanueva (uno de los pueblos más hermosos que uno ha conocido), se llega a Valverde, un pueblo tendido con mansedumbre a los pies de la iglesia como el perrito de alabastro que hay tumbado bajo el ara (conciiliar). Aquí, algunos labradores no contentos con llevar la mancera del arado hasta que sólo les quedan fuerzas para salir a tomar el sol bajo los torneados balcones o en el pretil de la casa consistorial, se atan a un varel de arado romano, una vez al año. Generalmente son jóvenes y de ese modo adquieren definitivamente categoría de labrador, que es condición sufrida y que, como se ve, en otro tiempo fue sacralizada para hacerla, sin duda, más llevadera. Algunos pueden hacerlo por machismo y es evidente que lo exhiben hoy como atractivo del pueblo, pero de todos modos, la «fiesta», como la llaman los valverdanos, resulta sobrecogedora y no es extraña a un contexto cultural de represión de la carne y justificación de una vida. Pero, sobre todo, sigue siendo significativo que se haya llegado a encontrar en



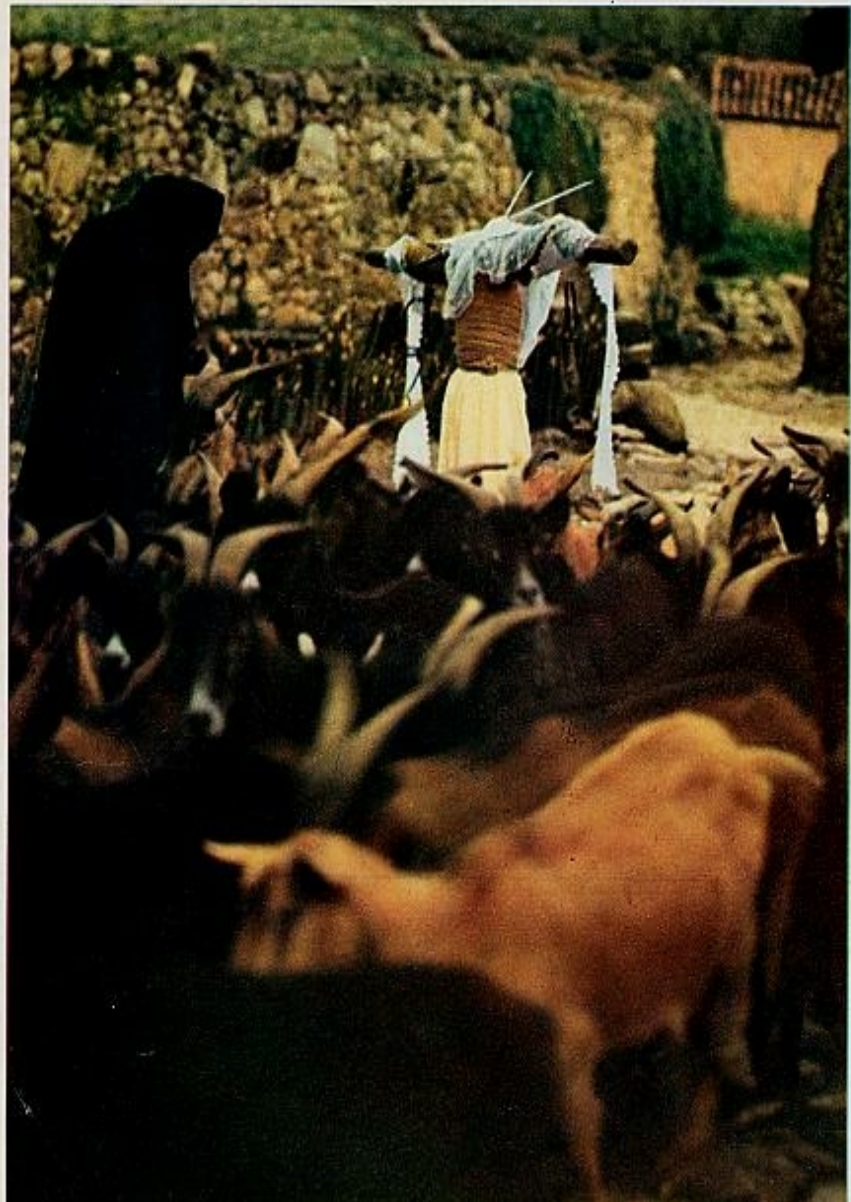
La soga debe
ceñirse bien
a la carne; de
lo contrario
dejaría el cuerpo
en carne viva.
Abajo, momento
en que
el penitente
enlaza sus brazos
al timón, que
deberá quedar
promediado
para no vencer de
un lado el
torpe andar del
empalado.



Los últimos
toques antes de
que se abra
el portón del
zaguán y comience
el Via Crucis:
el lienzo cae sobre
el rostro y se
ajusta la coronilla
de flores
a la cabeza.
El labrador está
dispuesto para
cumplir
la "mandá"



El empalado
 recorre el Via
 Crucis: cruces
 livianas a veces
 y otras de piedra,
 entre olivos,
 perales y naranjos.
 Ante ellas
 tiene que
 arrodillarse
 y rezar un
 padrenuestro.
 Los cirineos
 están atentos por
 si el penitente
 se cae de bruces.
 La gente se
 arrodilla a su paso
 en las calles
 estrechas,
 surcadas por
 canalillos del agua
 que baja de
 la sierra.



LOS "EMPALAOS"





Al cobijo de la sierra —estribaciones de Gredos—, tendido a los pies de la iglesia y de las ruinas del castillo, Valverde de la Vera es abandonado por sus vecinos a pesar de la riqueza de su campo.

A la izquierda de estas líneas, un aspecto del mercadillo que se monta inesperadamente en la plaza de Valverde con la llegada de un camión de patatas o de un mercader de lanas. Abajo, en la página de la derecha, una procesión infantil, días antes de la Semana Santa; al madero le han anudado unos ramales para que el símbolo de la labranza esté presente en la cruz.

los elementos de la labranza —ramales, horrajes y arado— instrumentos de crucifixión.

Muchos han escapado, como emigrantes, de una tierra no solamente hermosa, sino rica, con agua abundante y clima ideal para el tabaco, los frutales y los olivos. La Vera es la zona tabaquera más importante de España, y por ello es más incomprensible la emigración masiva. En Valverde, como en general en las zonas campesinas, se habla del Estado como de algo muy lejano: «El Estado no ha contestado... El Estado sabrá lo que hace... Ellos sólo saben que el tabaco que producen es oro y que se lo pagan bajo. En el extranjero se cotiza a sesenta pesetas el kilo, «si aquí nos lo pagaran al menos a unas cuarenta»

no habría problemas ni en este pueblo ni en la región. Y es una pena cómo está todo de tirado: las aceitunas negras y los higos que ni merecen la pena. Ahora se está repoblando de frutales —melocotón y peral precoz— toda la zona, pero «¿no tendremos que tirarla algún día si no se montan a tiempo fábricas de conservas?... Cooperativas... Un minifundio de regadío no es problema con cooperativas», piensan muchos.

Entre tanto, Valverde tiene sus proyectos a nivel municipal; uno de ellos es la construcción de un parque recreativo infantil, porque es una pena verle jugar por las calles. Los niños, también ellos, hacen procesiones por Semana Santa con cruces de madera. Para acostumbrarse,

TEXTO:
C. ALONSO DE LOS RIOS
FOTOS:
XAVIER MISERACHS



El arado romano, hoy sustituido por el de vertedera, ofrece todos los elementos del empalamiento: el timón, las vilortas, los ramales. La vida del labrador está esclavizada a la manquera del arado.



LOS "EMPALAO"

